

volvía á los infelices indígenas víctimas de aquellos actos de violencia tan bárbara. ¿A dónde habrían ido los pacíficos pobladores de aquellas ricas campiñas? Los hombres habían sido cogidos de *leva* para engrosar las filas de Juárez; las mujeres y los niños acaso habían muerto consumidos de hambre y de miseria.

Por la mañana, antes de partir, habíamos sido agradablemente sorprendidos por el magnífico espectáculo que ofrece el paisaje de Paso-Ancho. En lontananza un espléndido cortinaje formado por las montañas boscosas que domina el nevado pico de Orizaba presenta un aspecto imponente. A la derecha el Cofre de Perote, parduzco y sombrío. A la vista teníamos el primer contrafuerte oriental de la cordillera, el primer escalón que era preciso subir al pasar para el interior del país.

Nada hay tan curioso como el exámen del perfil del camino que seguíamos. De Veracruz á Puebla y de ahí á México, aparece el camino como una escalera inmensa cuyos escalones tienen veinte leguas de ancho. Esta configuración del suelo explica las diferencias tan marcadas de climas y cultivos aún á cortas distancias.

No puedo pintar la alegría que sintieron los soldados del 99^o de línea al vernos llegar; ocupaban el puesto de Paso del Macho desde hacía un mes. Grande era el número de sus enfermos y contaban haber tenido mucho que sufrir. Mas al fin pasaba para ellos el tiempo de la prueba y para nosotros iba á comenzar.

En el centro del villorrio y á la derecha del camino se veía una torre antigua convertida en atalaya desde la ocupación de aquel punto. Su base estaba coronada de un reducto bastante bien construído para servir de refugio al destacamento en el caso de un ataque del enemigo aunque muy superior en número. Esta construcción militar tenía igualmente el objeto de defender un hermoso puente de mampostería situado en la prolongación del camino cerca de cien metros distante del pueblo. En vano los guerrilleros intentaron destruirlo; es una construcción española muy sólida que data del tiempo de la conquista.

El puente de Paso del Macho es de primera importancia para nuestras comunicaciones y convoyes; está trazado con va-

lentía encima de un arroyo muy profundo y encajonado, cuyos bordes escarpados los forman rocas durísimas que tienen diez ó doce metros de elevación.

La caballería indígena del General Márquez había igualmente establecido un puesto de observación en la orilla opuesta; sus fuegos podían cruzarse con los del reducto.

Allí vimos por vez primera una tropa mexicana; eran unos *Lanceros*. La primera impresión que recibimos fué la de una gana irresistible de reír al ver aquellos guerrilleros harapientos. Figurémonos un conjunto de treinta y cinco á cuarenta hombres vestidos de todos colores, descalzos, hilachozos, sucios y desaseados á no poder más, medio vestidos con pantalones blancos de dril, camisas hechas girones y sombreros de petate, grasientos y ennegrecidos por el sudor. Jamás hubiéramos imaginado ser aquella una tropa de caballería regular, si el jefe, por un sentimiento de amor propio militar, del cual no participaban ciertamente sus subalternos, y quizá también para obligarnos á hacer los honores á aquel puesto, no hubiera hecho formar la guardia en el momento en que pasábamos por enfrente.

Unos estaban armados de sables enormes; otros de mosquetes y muchos llevaban larguísimas garrochas con un fierro de lanza en la punta. Las monturas y los arneses de los caballos estaban en una sola fila en el frente; algunas lanzas con oriflama de los colores nacionales estaban clavadas en el suelo delante de las sillas. Algunos matalones flacos y apergaminados, que pasaban en contorno, servían de cabalgadura á aquella tropa que se nos dijo muy seriamente ser la caballería escogida de nuestros aliados. Ya con esto formamos concepto cabal del brillante estado que debía guardar lo restante de aquel ejército.

Desde la Soledad el camino va subiendo incesantemente por una pendiente casi insensible. Ibamos ladereando la falda de las montañas á cuyo pié se desliza la corriente del Chiquihuite, río impetuoso de aguas malsanas. Nos hallábamos á unos 800 metros sobre el nivel del mar, y tocábamos ya la región de los encinos verdes, árbol protector á cuyo pié aseguran que se detiene el terrible *vómito*.

Un amarilloso panorama se extendía á nuestra vista. En

lugar del viento abrasador de la tierra caliente, una brisa agradable venía de aquellos desfiladeros hacia nosotros, haciendo nuestra respiración más libre. La belleza del paisaje nos hacía olvidar á instantes que aquellos sitios se nos habían descrito como extremadamente insalubres ¡Ay! pocos días después nos convencimos de tan triste realidad.

Una disposición del general en jefe prescribía que cada ocho días se hiciese el relevo de las fuerzas establecidas en aquel puesto, cuya insalubridad había motivado esta medida, la cual fué ejecutada hasta el día que llegamos allí ¿Cómo es que se nos hizo permanecer durante dos larguísimos meses, en aquellos lugares de muerte?

El camino para trepar por el costado de la montaña es bellísimo á lo largo de la cañada del Chiquihuite y está atestiguanado la habilidad y el cuidado con que los españoles construían sus principales vías de comunicación. En una extensión de cerca de tres kilómetros la pendiente es muy rápida; pero las trochas están trazadas con inteligencia por entre selvas impenetrables y sobre un suelo de rocas blanquecinas. La vía en toda su extensión está pavimentada de anchas lajas y provista á la izquierda de un pretil ó guardalado de cal y canto. En el fondo de una barranca boscosa y cien metros abajo de la ruta, el Atoyac con estrépito precipita sus aguas saturadas de sulfato de cobre.

Magnífica sería esta parte del camino si cuidadosamente se atendiera á su conservación, pero desgraciadamente, como sucede en México con todas las vías de comunicación, también esta lleva el signo de su destrucción; y á pesar de que al gobierno no le escasean los fondos para hacer reparaciones en las vías públicas, á la entrada de cualquier lugarejo insignificante, se cobran peajes onerosos á este pretexto. Un ginete, por solo adquirir el derecho de darse un paseo á caballo por sobre el camino, tiene que pagar una fuerte cuota por cada vez que entra á la población. La falta de probidad de los gobiernos y sus agentes hace desaparecer todas las rentas.

Miramón en 1859 se apoderó de los desfiladeros del Chiquihuite para comunicarse más rápidamente con Veracruz, asintiendo entonces del gobierno de Juárez, su rival; después de esa época emprendiéronse algunos trabajos, estableciendo baterías

en puntos que, por otra parte, eran mal escogidos, siendo las posiciones del Chiquihuite extremadamente fáciles de defender, lo que constituye á esta vía en un punto estratégico, siendo de igual importancia la de Perote á causa de las obras de fortificación que la defienden desde Puente Nacional, aunque ofrece el inconveniente de ser más larga.

Las tropas mexicanas comenzaban á fortificar las posiciones del Chiquihuite en el momento de llegar el ejército francés, aún se veía en la embocadura del desfiladero trabajos de terracería incompletos y plataformas para recibir artillería; en los bordes del Atoyac, mirábanse aún cañones desmontados á lo largo del camino, cureñas rotas y proyectiles regados. Uno de aquellos cañones, fundido en Sevilla en tiempo de Felipe IV, estaba adornado de arabescos y otros dibujos curiosísimos.

Sobre el Atoyac es notable un puente de piedra, cuyo tablero y armadura parecen de construcción reciente. Cuando después de la retirada del general Lorencez sobre Orizaba, pasó de nuevo por estos desfiladeros, que antes ocupaban las fuerzas enemigas, el tablero de piedra de aquel hermoso puente había sido volado por una mina. El cuerpo de ingenieros tuvo que reemplazarlo, no sin grandes dificultades, con tablones inmensos, siendo con tanta solidez y habilidad tal ejecutado este trabajo, que desde aquella época no ha sido necesaria en él reparación alguna. Al dar vuelta el Atoyac se veían los restos de una pasadera de tablas que Miramón mandó poner cuando, en 1860, yendo á sitiar á Veracruz, encontró el puente destruído.

Las tropas del 99^o de línea, que íbamos á relevar en el Chiquihuite y el Atoyac, se habían instalado en barracas construídas hacía poco, y ya el sol y las lluvias habían desunido ó hecho encorvar las tablas de que estaban formadas, haciendo estos abrigos inhabitables, por lo que tuvimos que dejarlos y acamparnos en tiendas de abrigo. Ocupábamos sitios llenos de encanto y de una seducción engañadora. ¿Quién había de sospechar, á menos de estar prevenido, que estábamos en un foco de infección en el cual antes de un mes estaríamos todos intoxicados? Los detritus vegetales que cubren la superficie del suelo en la espesura de aquellas selvas, entrando en i utrafac

ción bajo la acción combinada del sol ardiente y las lluvias torrenciales que caen tarde por tarde en cierta época del año, hacen que se desprendan vapores infecciosos elevándose condensados del fondo de los valles por la mañana; bajo la influencia de esos miasmas que continuamente respirábamos, fuimos en pocos días acometidos de fiebres terribles que dieron al traste con la salud de los nuestros más vigorosos. La época en que llegábamos allí era la más peligrosa del año, tomando la fiebre un carácter de violencia tanto más intenso cuanto iba á cebarse en individuos que aún no estaban aclimatados.

Los pocos casos de fiebre amarilla que se habían producido entre nosotros desde Veracruz, nos habían acobardado sin que la impresión que nos causaron se nos borrara en mucho tiempo, advirtiéndonos, por otra parte, que aquellas comarcas eran las más mal sanas de la provincia, en donde llega á tanto lo insalubre del clima que la población ha perecido muchas veces por completo en las epidemias sin que haya podido en mucho tiempo reponer sus pérdidas. Aun hoy día causan esos sitios grande espanto á los más de los indios empleados en el cultivo en el distrito de Córdoba, y sin embargo el terreno está cubierto de una vegetación riquísima, de selvas inmensas, produciendo variedad de frutos en abundancia.

Imposible es describir las miserias que nos afligieron durante los dos meses mortales que permanecemos en el Chiquihuite. Todos nuestros oficiales y soldados, sin excepción, fueron más ó menos violentamente atacados, unos de fiebre, otros de disenteria, dos enfermedades igualmente graves, pero no poderse someter á un tratamiento perfecto. Estábamos sin abrigo para ponernos á cubierto de los chaparrones de cada tarde, por haber tenido que desocupar nuestras barracas siéndonos imposible repararlas. Por la mañana el sol nos asaba con sus ardientes rayos. Toda clase de insectos nos devoraba. Los mosquitos nos hacían sufrir un suplicio eterno acosándonos día y noche. Los cínifes á su vez cargaban contra nosotros con encarnizamiento, desapareciendo al salir el sol para volver á presentarse en enjambres al ocultarse el astro del día. La picadura de este insecto causa un dolor que escuece como una quemadura, dejando por más de un mes una mancha azuleja que pronto se convierte en una llaga muy difícil de curar si no se

tiene cuidado de resistir á la grande comazón que causa en la piel. En fin, unas hormigas rojizas y enormes, voraces en extremo, que invadían nuestros viveres, introduciéndose en las tiendas de campaña por todas partes para venir á aumentar nuestros suplicios nocturnos. ¿Ni como evitarlas? por todas partes pululaban en bandadas innumerables, emigrando diariamente para escapar del agua pluvial que inundaba sus hormigueros. La mordedura de estos bichos es venenosa y muy difícil de cicatrizar, siendo tal su voracidad que, según el decir de gentes del país dignas de crédito, habían devorado á un hombre que en la embriaguez se había quedado dormido al pié de un árbol. En unos cuantos minutos el interior del cuerpo de aquel desgraciado había sido invadido por millares de hormigas, entrándosele por las narices, los oídos y la boca. El Dante se olvidó de poner en su infierno este suplicio, cuyo sólo pensamiento hace estremecer.

Enormes alacranes, velludos y horrorosos se nos deslizaban en las tiendas entre la ropa, siendo muchos de nuestros soldados atacados de su mordedura que producía en ellos graves desórdenes.

Acaso el lector no ignora que el soldado en campaña duerme siempre en el suelo, y ya con esto puede figurarse si aquellos de los nuestros que estaban en salud podrían dormir tranquilos en sitios tan bien avocindados. Hubo quienes se pasaron un mes completo sin probar el sueño, y pienso que las fuerzas del hombre más robusto no pueden pasar de ahí. Nuestros campamentos llegaron á tomar el aspecto de nuevas ambulancias, en donde día y noche no se oía más que el quejido triste de los enfermos que á las veces carecían de los medicamentos más precisos, tendidos en el suelo sin abrigo.

Muchos murieron en el campo mismo, y su muerte, dejando sumidos en la tristeza á los buenos y sanos, aumentaba el terror de los que perdían la salud.

Nuestro segundo batallón, que se había quedado en la Soledad para pasar el río por el vado, llegó algunos días después en un estado deplorable, habiendo dejado más de ciento cincuenta enfermos en la ambulancia. Pero iba á restablecerse á Córdoba, mientras que nosotros teníamos que respirar to-

avía por dos meses el ambiente envenenado de aquellos parajes.

Estos dos batallones de zuavos, tan rosagantes al desembarcar en Veracruz, daba grima verlos en estos momentos. Los hombres que no venían enfermos, estaban de un tinte amarillento de mal augurio. La alimentación empezaba á ser defectuosa, desapareciendo enteramente el vino de nuestras raciones. La privación continua del vino es dura de soportar en campaña, máxime cuando se carece de agua sana y potable, y las del Chiquihuite y el Atoyac, saturadas de sales de cobre, causaban cólicos atroces, recomendándonos por ende los médicos de no beberlas crudas, por lo cual hacíamos infusión de hojas de naranjo.

El general Forey llevó al fin con nuevas tropas de refuerzo, y esperábamos que en el momento de pasar por nuestro campamento, movido á compasión de nuestro estado lamentable, como general en jefe, mandaría relevarnos por tropas de las que acababan de desembarcar; pero tuvimos que aguantar terribles decepciones. Todo el ejército desfiló por enfrente de nosotros sin detenerse, designados como estábamos para guardar la plaza y el distrito de Córdoba, de donde dependían los puestos del Chiquihuite, hasta el momento de empezar sobre Puebla las operaciones.

Vimos pasar un batallón de cazadores de á pié al cual se había tenido la fatal idea de hacer que en Veracruz permaneciese por quince días en un momento de recrudescencia de las enfermedades que asolan á aquella ciudad. Ese batallón, al saltar en tierra, contaba más de ochocientas plazas; un mes después, apenas contaba en sus filas doscientos cincuenta hombres, de los cuales la mayor parte aún no entraba en perfecta convalecencia. Profundamente nos entristeció la vista de aquel cuerpo, al ver un gran número de aquellos desgraciados tenderse á lo largo del camino, sin tener fuerzas para ir más léjos; uno de ellos expiró allí en el campo; otro, desmoralizado por el sufrimiento, se dió voluntariamente la muerte; otros finalmente vinieron á nuestro campamento solo para exhalar el último suspiro. Nunca olvidaré el estado de desmoralización que de aquel cuerpo llegó á apoderarse. Hemos visto oficiales que, no pudiendo encontrar un hombre útil para su servicio,

ellos mismos iban á sacar de los carros sus equipajes, ayudando después á preparar los alimentos.

El Sr. Maucel, Coronel del Estado Mayor, cayó enfermo, y no pudo seguir más lejos al General en Jefe, deteniéndose en uno de nuestros puestos del Chiquihuite, y vino á morir en la tienda de nuestro Jefe de batallón.

El lector me perdonará esta lamentable y no exagerada narración de tantas tribulaciones, mas faltaría á la exactitud si dejara de referir estas minucias que parten el corazón.

Sí, no hay duda; hasta el día en que por fin hubimos de partir del Chiquihuite, mucho tuvimos que sufrir, siendo enteramente otra nuestra existencia desde la hora y punto en que nos alejamos de aquellos puestos para dirigirnos á Córdoba en donde hacía dos meses se encontraba nuestro segundo batallón con el Estado Mayor del regimiento. Esta orden, tan ansiadamente esperada, llegó por fin. Ya era tiempo; quedábamos apenas la mitad de nuestra gente en las filas.

VI.

Hacienda del Potrero.—Córdoba.—Cuahutlapan y Orizaba.

Partiendo del puente del Atoyac la campiña cambia repentinamente de aspecto; comiézase á ver variada y hermosa extensión de tierras bien cultivadas; el país parece que se anima; las casas de los indios están habitadas; la ruta es más practicable y alegre, en fin, se ve algo de población, pues hasta allí aun no habíamos tenido más que una triste y silenciosa soledad.

A mitad del camino que conduce del Chiquihuite á Córdoba, se halla la bella Hacienda del Potrero, propiedad magnífica administrada por el señor Agustín Legrand, —francés que vive en México hace más de treinta años. Allí se ven plantíos inmensos de caña de azúcar, dedicando una pequeña parte de terreno al cultivo del maíz, y consistente todo lo demás en bosques, lagunas y prados, en donde se apacientan numerosos ganados. A pesar de que cada bestia lleva la marca del propietario impresa por medio de un hierro calentado al rojo, eso no impide que los robos de ganado sean nume-

rosos. La Hacienda sirve de residencia á la familia Legrand y á sus numerosos empleados. Es un edificio inmenso con muchas dependencias, caballerizas y grandes patios rodeados de portales; parece una fortaleza. Al entrar en el patio principal, á la izquierda, había una hermosa capilla, asistida en otro tiempo, antes de la guerra, por un sacerdote de Córdoba. Cada domingo venían los habitantes de los ranchos más cercanos á oír Misa. Llamaban *rancheros* á los arrendatarios ó colonos que habitan en los puntos más distantes de la hacienda. Los plantíos de caña de azúcar que mirábamos extenderse hasta perderse de vista, eran admirables. Igualmente vimos allí los cafetales de mayor importancia. El hijo de Legrand, guapo mozo aficionadísimo á la vida del campo hasta preferirla á la de México y aun á la de Francia, nos enseñó todo. El cafeto es en realidad un bonito arbusto, con sus mil granos rojos en las ramas. Ya de algunos años se había instalado en la hacienda una maquinaria, movida por vapor, para la fabricación del azúcar y la destilación de aguardiente de caña; mas en esta última guerra, habiendo sido este vasto establecimiento sucesivamente ocupado por los reaccionarios y los liberales, ha sufrido grandes perjuicios. La capilla misma ha sido devastada y reducida á ruinas en su interior, sirviendo las vigas de los techos para construir trincheras y barricadas que en todas partes se ven al entrar. Estas obras hechas con solidez, se deben á las tropas de Márquez, á quien á tuertas ó á derechas se atribuye tal devastación.

Rodeando la habitación del dueño se hallan humildemente instaladas entre los plantíos las pobres chozas de caña de los sirvientes. En Francia no se ven en parte alguna propiedades tan extensas, siendo aquí como grandes aldeas cuyos habitantes son todos los empleados de un solo amo. Esta hacienda rinde anualmente, según dicen, en tiempos de paz, más de cuatrocientos mil pesos, (como si dijéramos, dos millones de francos.)

Orillas del camino, del lado donde suelen acampar las tropas, se veía una especie de mesón, bien construido y con portales, en cuya azotea ondeaba el pabellón prusiano. El mesón lo tenía en arrendamiento un tal señor Fink, súbdito de Prusia, diciéndose Cónsul encargado de los intereses de sus

nacionales. Poco quehacer debían darle las funciones de su cargo, como que en el Potrero toda la población es de indígenas, y creo que costaría trabajo topar con algún prusiano en todo el Distrito de Córdoba; pero el pabellón sienta bien á la casa, pudiendo, en casos dados, atemorizar á los ladrones. Por lo visto, aquel honrado funcionario consular podía, sin desatender su bodegón, dedicar sus desvelos á mantener incólume en aquellas comarcas el honor de su nación.

Todas las tierras que recorriamos desde por la mañana eran muy fértiles y bien cultivadas. A cuatro kilómetros del Potrero, tuvimos que pasar el *Río Seco*, cuyo lecho está sin agua, como el nombre lo está indicando. Un puente de madera, construido por el ejército francés, estaba custodiado por una compañía de infantería de mexicanos, aliados nuestros: esta fuerza presentaba mejor fisonomía y un aspecto más regular que la caballería que vimos en Paso del Macho. La guardia formó armada al acercarnos, y naturalmente la hicimos los honores de ordenanza. Conté hasta sesenta soldados y como treinta mujeres ocupadas en faenas domésticas debajo de unos portales que servían de abrigo al destacamento. Fuera de algunos muchachones vestidos de uniforme y enganchedos en aquella tropa, todos los soldados mexicanos de aquella guarnición eran casados. Sus mujeres les siguen á todas partes en las expediciones. Dejo á la consideración del lector el talante que con tal mezcolanza puede presentar una tropa en marcha.

La mujer del *soldado raso* en el ejército mexicano, por donde quiera que pasa es vista con el mayor desprecio, y creo que con razón.

Hacia un tiempo magnífico cuando llegamos á Córdoba. Ya hacía una hora que divisábamos las cúpulas de los templos y esto nos hacía esperar encontrarnos con una población bonita; pero pronto se desvaneció toda ilusión. Al llegar á los arrabales, se vé pavimentada la calle desde la garita, pero con pavimentación á la mexicana, es decir, á despecho del buen sentido. Trabajo da comprender cómo podrán rodar allí los coches. Todo el barrio por donde hicimos entrada es muy miserable, teniendo el interior de las casas un aspecto sórdido.